

informado de tan importante suceso, y a pesar del cansancio de sus tropas, las puso inmediatamente en movimiento. Se colocó en una posición favorable a sus designios, dispuso su gente en emboscada cerca del rancho y se preparó a atacar la partida de Mina inmediatamente que la luz de la aurora le permitiese distinguir los objetos.

En la madrugada del 27, la caballería de Orrantía salió de la emboscada, y se adelantó a galope tendido al campamento de la partida. Diose la alarma, los soldados de caballería viéndose lejos de los caballos que estaban pastando, se unieron con la infantería cuyo primer impulso fue ponerse en fuga. Si se hubieran juntado siquiera 30 hombres en aquella ocasión, tal era la situación del terreno, que no les hubiera sido imposible rechazar toda la fuerza de Orrantía, o a la menos, hacerle alguna daño y proporcionarse una retirada segura. Pero oficiales y soldados no pensaron en otra cosa que en escapar; corrieron en el mayor desorden a las cimas de los montes y de allí huyeron por los barrancos. Mina, a quien había despertado el rumor de sus tropas, bajó precipitadamente y salió de la misma casa y en el mismo traje en que había pasado la noche: esto es, sin uniforme, sombrero ni espada. Despreciando su riesgo personal, solo pensó en reunir sus soldados, pero sus esfuerzos fueron tan inútiles, que muy en breve se vió solo. Vió que el enemigo perseguía y cortaba a sus compañeros fugitivos, y pensó, aunque tarde, en ponerse en salvo: mas ya los realistas estaban encima. En el acto de gritar a los suyos que hiciesen alto y se formasen, fue cogido por un dragon, y no teniendo consigo arma de ninguna especie, toda resistencia era completamente inútil.

Si Mina, al salir de la casa, solo hubiera pensado en escapar, lo hubiera podido hacer, como todos los otros lo hicieron, mas nunca fué tal su idea. Su criado favorito, que era un joven de color de la Nueva Orleans, despues que el general

dejó la casa, ensilló el mejor caballo y salió en busca de su amo con la espada y las pistolas; mas no pudo dar con él.

El dragon que se apoderó de Mina, no sabia quien era, hasta que el mismo se descubrió. Entonces fué atado y conducido a presencia de Orrantía, el cual, del modo mas arrogante, lo reconvinó por haber hecho armas contra su soberano, le preguntó los motivos que había tenido para semejante traición, y le prodigó los insultos y los ultrajes. Mina, que nunca, ni aun en las ocasiones mas críticas había perdido la presencia de espíritu ni la firmeza que lo caracterizaban, replicó a este interrogatorio con tanto sarcasmo y con espresiones tan fuertes de desprecio e indignación, que Orrantía se levantó y le dió de golpes con el sable de llano. Mina sufrió esta injuria, inmóvil como una estatua, y con aquella elevación que da el conocimiento de la propia dignidad y lanzando a su enemigo una mirada en que se pintaba toda la fuerza de su alma, le dijo: "Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho mas amargo por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español ni el carácter de soldado." Todos los que estaban presentes a esta escena, admiraron la respuesta de Mina, y aun el mismo Orrantía pareció humillado y confuso.

La prisión de Mina fue considerada por el gobierno español como suceso de tanta importancia, que el virrey D. Juan Ruiz de Apodaca, recibió en galardón, el título de Conde del Venadito. A Liñan y Orrantía se dieron decoraciones militares, y el dragon fue nombrado cabo, concediendosele ademas una pensión.

El tres de Noviembre se publicó en la gaceta de Megico, una carta que se decia escrita por Mina a Liñan, despues de haber sido hecho prisionero; y aunque no hai nada en ella que no esté bien en boca de un hombre exasperado al ver la conducta del P. Torres y de sus iguales, el estilo sin embargo la hace poco digna de crédito. Ademas que toda

la conducta de Mina la desmiente. Mas tarde se supo, que despues de su prision, escribió a su compatriota D. Pablo Erdozain, que mandaba a la sazón las obras de Tepeaca. Dabale en esta carta algunas instrucciones sobre sus negocios personales, y concluía deseándole buen éxito y exortándolo a continuar obrando con honor y firmeza. Nos ha parecido oportuno hacer mención de esta circunstancia, para borrar la impresión que haya podido hacer en el público la carta inserta en la gaceta de Méjico. En otra ocasión hemos hablado de los documentos publicados en la misma sobre el arrepentimiento y retractación de Hidalgo, de Morelos, y de otros gefes patriotas: ya es generalmente sabido que aquellas piezas han sido forjadas para alucinar al público.

Cinco oficiales de la división de Mina y algunos pocos soldados fueron los que tan solo pudieron escapar del Venadito. D. José María Liceaga pudo huir a caballo. Las tropas criollas se pusieron en fuga tan temprano, que tuvieron tiempo de ocultarse entre las peñas. Cuatro hombres de la división murieron a manos de los realistas. D. Pedro Moreno, que dirigió su fuga a el barranco, fue cogido y pasado por las armas. La misma suerte tuvieron catorce hombres de la partida, cogidos al mismo tiempo que D. Mariano Herrera. El destino de este excelente amigo del general Mina, merece que le consagremos una breve digresión.

D. Mariano fue conducido a Trapuato y puesto en la cárcel. Su cariñosa hermana lo acompañó en este encierro y no cesó de emplear todos los recursos que estaban a su alcance para salvarle la vida. Arrodillóse a los pies de los gefes de los realistas y consiguió por fin lo que deseaba, mas fue en el momento crítico en que D. Mariano, condenado a muerte, estaba ya en el sitio en que iba a ser ejecutada la sentencia. Arrancado tan inesperadamente del borde del sepulcro, turbósele la razón, y acabó de per-

derla de un todo en la estrecha prision a que despues fué conducido. Su única y constante ocupación era jugar con la barba que le habia crecido extraordinariamente. No conocia a nadie, ni aun a su propia hermana y las pocas palabras que pronunciaba, aunque incoherentes, se referian a la desgraciada suerte de su amigo Mina.

Posteriormente se ha sabido que la hermana obtuvo permiso de las autoridades españolas, de sacar a D. Mariano de su encierro, para ponerlo en cura, dando fianza de que lo devolveria al mismo sitio, si recobraba el uso de la razón.

Volvamos a la triste historia de los últimos dias del general Mina. Orrantía, despues de la vergonzosa escena que hemos referido, trató de averiguar la fuerza que tenían los patriotas en aquellas cercanías. Mina satisfizo su curiosidad, con lo que temiendo que los patriotas aventurasen un golpe desesperado para salvar a su gefe, determinó retirarse a Silao con su prisionero, dándole malísimo trato. Mina lo sufrió con su acostumbrada magnanimidad. Solo pensaba en la suerte de sus compañeros, y durante la marcha no cesó de animarlos.

Al llegar a Silao, se le pusieron cadenas: de allí pasó a Trapuato, y, por último al cuartel general de Liñan, enfrente del punto de Tepeaca, en el fuerte de Los Remedios, donde se encargó su custodia al regimiento de Navarra. Entonces fue tratado como merece serlo todo hombre de valor en semejantes circunstancias. Se le prestaron todas las atenciones que dicta la humanidad, y su situación fue, a lo menos, soportable.

Parece que entre los papeles que cayeron a la sazón en manos de los realistas, habia algunos escritos en cifra. Era de grande importancia el esplicar esta, porque en ella podrian encontrarse los nombres de los confidentes que los patriotas tenían en los pueblos ocupados por las tropas

reales. Por fortuna, Mina habia tenido la costumbre de copiar de su letra todos estos avisos, y romper el original. Sufrió largos interrogatorios sobre este asunto, y todas sus respuestas respiraban fidelidad a la causa que servia. De esto modo lucio nuevamente la nobleza de su caracter. El autor ha hablado con algunos oficiales realistas que se hallaron presentes a estas conversaciones, y han asegurado que la conducta de Mina excitó la admiracion de todo el egercito, cuyos individuos, por la mayor parte, estaban mas dispuestos a darle libertad, que a sacrificarlo.

Cuando llegó a Megico el espreso con la noticia de la prision de Mina, el virrei despachó correos a todos los puntos del reino. En todas las ciudades ocupadas por los realistas se cantó el *Tedeum*, y se hicieron salvas, iluminaciones y regocijos. Los partidarios del gobierno real miraban aquel suceso como el termino de la revolucion. Estas demostraciones de parte del gobierno y de los que le eran adictos, hacian el elogio de Mina.

En la ciudad de Megico, se manifestó un deseo general de ver a Mina, y si hubiera llegado alli, algunos esfuerzos se hubieran hecho por salvarle la vida: pero el virrei tubo miedo de las consecuencias, y creyendo que el preso podria tener ocasiones de fugarse, despachó una orden a Liñan, para que inmediatamente le mandase quitar la vida.

Mina recibió la intimacion de su sentencia sin visible alteracion. Continuó resistiendo a todas las proposiciones que se le hicieron para arrancarle los datos y noticias que tanto interes tenia el gobierno en saber, y declaró que sentia mucho no haber desembarcado un año antes, epoca en que sus servicios hubieran sido mas utiles que entonces a la causa patriótica.

El día 11 de Noviembre (si no nos engaña la memoria) fue conducido por una escolta de cazadores del regimiento de Zaragoza, al sitio de la egecucion. En esta ultima

escena de su vida el heroe de Navarra no desmintió su noble y magnanimo caracter. Marchó con paso firme, y dijo a los soldados que debian dispararle: *No me hagais sufrir*. El oficial dió la señal; la tropa hizo fuego y cayó exanime el hombre que parecia nacido para bien de la humanidad.

Tanto interes tenian los agentes del gobierno español en la muerte de Mina, que Liñan recibió orden de nombrar un cirujano de cada cuerpo del egercito y los capitanes de las compañías, para que asistiesen a la egecucion y estendiesen una certificacion de ella, con los pormenores de las partes en que las balas habian penetrado y la designacion de la que, probablemente, habia ocasionado la muerte. Llevóse a efecto esta medida y aquel singular documento fue publicado despues en la gaceta de Megico.

Asi pereció este valiente joven, a los 28 años de edad. Su corta, pero brillante carrera lo hace acreedor a obtener un lugar distinguido en el catalogo de los heroes que han derramado su sangre en la loable empresa de romper el cetro de la tirania, y en propagar los beneficios de la libertad entre los hombres.

Nadie nació con mejores disposiciones para llevar a cabo tan loable empeño que el general Mina. Su talla era de cinco pies y siete pulgadas, y aunque no corpulento, era bien formado. Su estructura fisica poseia todas las cualidades necesarias para una vida activa. Tenia grandes prendas morales, y valor personal en grado eminente. Sereno en la hora del peligro, siempre estaba dispuesto a aprovecharse de todas las ocasiones favorables que le presentasen las vicisitudes de los sucesos. Cuando estaba a la cabeza de sus tropas, les inspiraba su arrojo. Era en extremo frugal, y no le hacian impresion alguna las mas duras privaciones. Su cama se componia, por lo comun, de la capa y de la silla de su caballo. Aun en la mayor

intemperie y pudiendo tener alojamientos cómodos, pasaba la noche en medio del campo con sus soldados. Era afable, generoso, sencillo, humano y moderado, y unía a todas las dotes del militar, las modales del hombre civilizado.

No ha sido Mina el primer hombre de valor, a quien se frustran grandes empresas. Después de haber visto el mal éxito, la opinión suele señalar las medidas que hubieran debido adoptarse; mas estos comentarios son mas bien productos del buen deseo que del sano juicio.

Los hechos referidos en la narración que acabamos de presentar a nuestros lectores, demuestran claramente que Mina fue sacrificado a la ignorancia, a la envidia y a un funesto concurso de circunstancias, que no podían ser previstas, y con las cuales terminó una carrera, tan brillante como la que mas lo ha sido en tan corta duración. Mina contaba, para llevar adelante su empresa, con la liberalidad de muchos comerciantes. Los únicos socorros que había recibido, provenían de algunos sujetos de Londres y de Baltimore. Esperaba que este ejemplo tendría muchos imitadores; pero se engañó, y conoció su error cuando mas falta hacían estos auxilios.

Hemos dicho al principio de esta obra, que en la Nueva Orleans se le había hecho la proposición de atacar a Pensacola; operación que estaba perfectamente de acuerdo con sus ideas, porque aquel punto pudiera haberle servido para reunir todos los elementos de que necesitaba en su expedición contra Méjico; pero los sujetos de Nueva Orleans que trataron con el este asunto, no solo ofrecían mesquinos socorros, sino que imponían condiciones que Mina no pudo ni debió aceptar, por ser tan contrarias a su honor, como al éxito de sus ulteriores planes. No es necesario entrar en el pormenor de todas las circunstancias que contribuyeron a frustrar sus designios, como consta en los papeles que dejó, pues esto sería herir el amor propio,

o suscitar la malevolencia de algunos sujetos que quizás podían haber tenido motivos que justifiquen, o escusen su conducta: lo cierto es, que si Mina hubiera tenido el dinero que le era necesario, hubiera podido, con la mayor facilidad, apoderarse de Pensacola, formar un cuerpo de 2,000 hombres, y decidir en pocos meses la suerte de Méjico. Mil extranjeros le hubieran bastado para derrotar todo el ejército de Arredondo, penetrar en lo interior de las provincias o dirigirse a la capital, si las circunstancias lo hubieran permitido. También le hubiera sido fácil reunir un cuerpo considerable de gente del país, adicta a la causa de la independencia.

Cuando Mina formó sus planes en Londres, para atacar a Méjico, y aun después de su llegada a los Estados Unidos, no había ninguna ley en Inglaterra ni en América que autorizase a sus respectivos gobiernos, a impedir la ejecución de aquel proyecto. Además de esto, las fuerzas realistas recibían continuamente socorros marítimos y terrestres, en virtud de contratos celebrados con ingleses y americanos; y las leyes de la neutralidad, permitían a los patriotas el goce de las mismas ventajas.

La ocasión era, pues, favorable a su empresa, mas, como ya hemos dicho, faltaron los recursos que se aguardaban, y Mina estaba en la alternativa de abandonar enteramente la causa, o de continuar en su defensa, apesar de las funestas circunstancias que lo rodeaban. El espíritu emprendedor que antes era tan común en los comerciantes de los Estados Unidos había disminuido de un modo extraño, y esta mudanza ejerció el mas funesto influjo en la suerte de la expedición. Los pocos que le hicieron generosos suministros esperimentaron grandes pérdidas; la mayor parte de los que lo acompañaron en la expedición perecieron, y en lugar de abrirse un vasto campo al comercio que comprendía los mas opulentos países del globo, la empresa

terminó tan desventuradamente como ya lo hemos visto. No es posible calcular la estension que hubiera tenido el trafico si el éxito hubiera sido feliz, ni las riquezas que se hubieran puesto en circulacion, ni el numero de buques y marineros que se hubieran empleado en las nuevas relaciones mercantiles a que hubiera dado lugar tan importante y vasta operacion.

Queda, pues, demostrado que el primer grande ostaculo que se opuso al feliz resultado de los planes de Mina, fue la falta de auxilios que el comercio hubiera debido suministrarle. El segundo y, mas grave que el primero, fue la conducta del P. Torres. Cuando Mina, con su pequeño cuerpo de 300 hombres, del cual apenas las dos terceras partes se componian de extranjeros, se abrió camino hasta lo interior del reino, despues de una marcha de mas de 600 millas, ganando batallas, confundiendo con sus hazañas a los realistas y reuniendose al fin con las fuerzas patriotas del pais en la intendencia de Guanajuato, a ochenta leguas de la residencia del gobierno, era difícil creer que obrase enteramente contra sus miras y contra el bien de la causa general, el hombre que hubiera debido ser su mas firme y cordial amigo. Ya hemos visto cuanta parte tubo el P. Torres en las desgracias de la expedicion y en el fin funesto de su general.

Hemos dicho que Mina fue llevado al cuartel general de Liñan, enfrente del punto de Tepeaca. La guarnicion de Los Remedios lo sabía y tambien sabía que se esperaba la decision del Virrei para decidir su suerte. En este intervalo, algunos oficiales extranjeros de la division unidos con unos pocos valientes criollos, quisieron formar un cuerpo de 200 hombres escogidos, para tomar por asalto las obras del enemigo, y rescatar al general a toda costa. Este generoso proyecto hubiera podido egecutarse. Todos los oficiales de la guarnicion de Mina que se hallaban entonces

en el fuerte, hubieran arriesgado gustosos la vida en tan noble empresa. Quizas hubiera sido mui costosa, pero, con un enemigo tan lleno de confianza en la fuerza de sus posiciones, el éxito era indudable. El doctor Hennessey tubo la comision de proponer este designio al P. Torres, el cual lo desaprobó bajo el pretesto de que costaria muchas vidas. Hizo mas; mandó que no se permitiese salir del fuerte ni a un solo hombre, declarando que aquella empresa era temeraria. El Coronel Noboa, segundo comandante del fuerte, manifestó la misma opinion.

Quedan indicadas las causas principales del funesto resultado de la expedicion y de la triste suerte de Mina. Tambien podrá inferirse de lo que hemos dicho acerca del estado de la revolucion cuando el general desembarcó en la costa de Megico, que la ocasion no era la mas oportuna para realizar sus miras, y que hubo grandes ostaculos que le impidieron unir sus fuerzas con las de Victoria o Teran. Es cierto que estos dos generales, cuando Mina estaba en Soto la Marina, habian experimentado graves reveses; pero ninguno de ellos habia abandonado la causa, y como Mina traia consigo un numero considerable de armas, si no le hubiera sido contraria la fortuna, hubiera podido reunir las fuerzas necesarias en la intendencia de Vera Cruz, o en la de la Puebla. En estos puntos y en Oajaca, los habitantes estaban dispuestos a recibirlo con los brazos abiertos. Tambien es cierto que en la Gaceta de Megico se dijo por entonces que la revolucion estaba sin fuerzas, es decir, que los revolucionarios no tenian egercitos que mereciesen este nombre: pero el espiritu publico no estaba desalentado, y no habia disminuido el odio con que el pueblo miraba al gobierno de la metropoli. El documento publicado entonces por el obispo de Mechoacan, da una historia de la revolucion de Megico, que no se puede acusar de exageracion, puesto que lo dirigia al rei de España uno de los pocos hombres que

osaban hablarle el idioma de la verdad. Los patriotas habian experimentado, en verdad, grandes desastres, y la causa estaba entonces en aquel estado de calma que sucede por lo comun a las grandes borrascas, mas una centella sola hubiera bastado para promover un vasto incendio en todos los puntos del virreinato.

Aunque las observaciones siguientes estarian mas oportunamente colocadas al fin de toda nuestra narracion, ya que hemos hablado de las probabilidades con que Mina contaba para ayudar de un modo eficaz a los independientes de Nueva España, añadiremos algunos otros datos que sirvan a justificarlo, si acaso hai quien crea que su empresa era descabellada e impracticable.

El total de españoles europeos, residentes en aquella epoca en el virreinato, no pasaba de 60,000, y en este numero habia muchos cuya fidelidad al gobierno de la metropoli era mui equívoca. A veces se esplicaban con tanto calor como el criollo mas decidido en favor de la emancipacion mexicana. El sistema de guerra practicado en aquellos paises cansaba y aterraba a las tropas europeas. En cualquier parte del Nuevo Mundo en que estas se presentaban, bajo las banderas realistas, solo hallaban durisimas privaciones y una muerte horrible. En cambio, si querian abandonar aquel partido, podian aspirar a la libertad, a la riqueza y a la independencia. Los oficiales y soldados, destinados a estas remotas espediciones, daban, al tiempo de embarcarse, un eterno Adios a su patria y a su familia. Su salida de Cadiz habia llegado a ser una especie de ceremonia funebre; y con justa razon se le podia dar este nombre, porque en los últimos diez años, la America era el sepulcro o la patria adoptiva de todos los militares que desembarcaban en sus costas. Las enfermedades propias del pais y el barbaro sistema de hostilidades, adoptado por ambas partes desde el principio de la

guerra, esterminaban los egercitos españoles y hubieran esterminado los de los imperios mas florecientes y poderosos. Las fuerzas españolas que habia en el territorio de Mexico cuando se escribia esta obra, constaban de 4,800 hombres, y para mantener sumiso aquel pais durante una sola semana no hubiera habido bastante con un numero cinco veces mayor. La conservacion de la autoridad dependió, durante muchos años, de las tropas criollas, entre las cuales hai muchos hombres que han pertenecido al partido de la independencia y que tubieron que abandonarlo por las razones que hemos indicado.

Antes de la revolucion, las autoridades españolas cuidaban mucho de estorvar a los naturales del pais el uso de toda especie de arma. Despues ha sido necesario armar la poblacion criolla y conciliarse su afecto por medios de que antes no se habia hecho ningun uso. De este modo los criollos no solo se han adiestrado en el arte de la guerra, sino que han conocido su propia importancia y la han comparado con la antigua degradacion en que vivian sumidos. Cualquier tentativa que hubiera hecho el gobierno, despues de esta revolucion de ideas, para desarmar a los criollos, hubiera ocasionado una violenta reaccion.

El trato entre los criollos de ambos partidos daba tambien mucha inquietud al gobierno. El resultado probó que esta inquietud no carecia de fundamento, y las consecuencias fueron cada dia mas importantes. Los derechos politicos y las quejas y resentimientos contra el gobierno de la metropoli, eran asunto de todas las conversaciones. Resultaba de aqui que ningun criollo patriota podia volver de buena fe al yugo que habia sacudido ni mantenerse fiel al gobierno contra el cual habia tomado las armas. Por el contrario el criollo realista que pasaba a las filas de la independencia, se hallaba en su propio centro y ligado con vinculos estrechos a la causa de la nacion a que realmente pertenecia.